

“Lo que me gusta de vos”. La apertura de una agenda de lucha feminista en el Partido Comunista argentino durante los años ochenta

Natalia Casola (IIEGE-UBA/CONICET)

Hacia el final de la dictadura militar y durante los primeros años del gobierno de Alfonsín las mujeres fueron protagonistas de la escena política nacional. Las múltiples demandas de democratización social se tradujeron en una revitalización de la participación femenina en distintos ámbitos, entre ellos, el movimiento de mujeres. Desde 1984 la conformación de la Multisectorial de Mujeres y de otras agrupaciones inauguraron un proceso de paulatina e ininterrumpida expansión de demandas enunciadas a partir de la condición de femenina.

El feminismo de los ochenta se nutrió de experiencias distintas: a los pequeños grupos de los años setenta se unieron las militantes exiliadas que comenzaron a retornar al país y que habían tomado contacto con estas ideas en otras latitudes (Bellucci, 2014, p. 242; Franco, 2009). También confluyeron mujeres de los partidos políticos tradicionales y otras que en el decenio anterior habían participado de las organizaciones revolucionarias y que encontraron en el feminismo un espacio de intervención desde donde reconstruir sus militancias. La renovada participación se manifestó en la ocupación del espacio público, lo cual les permitió ganar mayor visibilidad y establecer acuerdos y alianzas con un arco político amplio, que no necesariamente se reconocía feminista.

Las novedades se abrieron camino en un contexto en el cual los principios de la sociedad patriarcal aun gozaban de buena salud. Si bien las demandas enunciadas en clave de democracia y derechos humanos aceitaban los debates y tendía puentes de diálogo, la presencia del feminismo todavía resultaba radical y perturbadora. Sus propuestas eran recibidas por muchas mujeres como un cuestionamiento a sus propias existencias como madres y esposas. En este punto, los ochenta pueden ser pensados como años de aceleración y consolidación de cambios iniciados en las décadas previas, incluyendo también las limitaciones. Si, como argumenta Pablo Ben (2022), transformaciones sociales como el aumento de las separaciones y divorcios, la equiparación de las mujeres

en el mercado laboral y el ámbito educativo, el incremento en las edades de casamiento y para el inicio de la maternidad y el aumento de las uniones consensuales fundadas en el “amor puro”, fueron todos fenómenos que se tornaron decisivos en los ochenta, en ningún caso fueron formulados como cambios radicales o revolucionarios. Por lo contrario, el clima de la transición signada por los “dos demonios” y la búsqueda de un “justo medio” o moderación como vía para la conjuración del autoritarismo de cualquier signo, habilitó tales transformaciones moduladas como derechos individuales, democráticos e incluso, derechos humanos.

En este marco, el feminismo fue percibido por un porcentaje importante de la población como un extremo a evitar tanto como las izquierdas, a pesar de que unos y otros también, en sus propios términos, habían adaptado su lenguaje y limitado demandas y perspectivas a lo que la democracia ofrecía como posible, realista y deseable. En este sentido, la lucha contra la violencia de género y la vinculación con el movimiento de derechos humanos le imprimió al movimiento de mujeres un perfil distinto al de la década anterior.

A partir de 1986 comenzaron a organizarse los Encuentros Nacionales de Mujeres (ENM) que, con el paso de los años, devinieron en la principal instancia para el contacto amplio de las mujeres de todo el país y de todos los espacios políticos (Alma y Lorenzo, 2009). En ese marco, fueron varias las reivindicaciones que consiguieron un lugar en la agenda pública nacional. En 1985 se consiguió la Ley de Patria Potestad compartida y fue ratificada la *Convención contra todas las Formas de Discriminación contra la Mujer* (CEDAW), aprobada por la ONU en 1979. En 1987 se creó la Subsecretaría Nacional de la Mujer a cargo de Zita Montes de Oca y se sancionó la Ley de divorcio vincular.

Los partidos de izquierda, por su parte, tampoco no quedaron al margen. Como había ocurrido en el pasado, el diálogo entre las feministas (en plural) y las marxistas (también en plural) discurría no sin tensiones. Las feministas solían sospechar de todo acercamiento de las mujeres de los partidos como un intento de cooptación. En contraposición, solían organizarse a contrapelo de los modos jerárquicos que adoptaban y reivindicaban los partidos. Si bien muchas de las feministas no eran reacias al marxismo como tradición teórica, sí lo eran a las estructuras partidarias.

Desde el punto de vista de los partidos de izquierda la cuestión planteaba diversos dilemas. A grandes rasgos, podría decirse que la polémica con las agrupaciones feministas se concentraba en torno de dos puntos: 1) si la especificidad de la opresión femenina justificaba un tipo de militancia separada o si, en cambio, contribuía a dividir a la

clase trabajadora y 2) qué lugar debían ocupar las demandas de las mujeres como una totalidad en la agenda revolucionaria. En este sentido, la izquierda de los años ochenta y noventa fue permeable a los planteos del incipiente movimiento de mujeres, lo que puede interpretarse como un reconocimiento, no explicitado, de que el feminismo había logrado transformarse en una actriz política con incidencia.

Sin embargo, la existencia de esas mismas tensiones ponía de manifiesto el espacio compartido, el territorio común y el deseo de transformación. Esta ponencia es parte de una investigación en curso que propone explorar la influencia del feminismo en la apertura de las agendas de lucha de las izquierdas partidarias. En este sentido, buscamos relevar en qué medida el feminismo fisuró algunos marcos de interpretación, lo cual permitió incorporar temas y enfoques novedosos.

En lo que sigue vamos a considerar la militancia femenina en el Partido Comunista (PC) y en la Unión de Mujeres de la Argentina (UMA). Las principales hipótesis son: 1) que los feminismos constituyeron una influencia sobre las comunistas creando las condiciones para la apertura de cuestionamientos al interior del partido; 2) que tales influencias se vieron favorecidas por la larga tradición partidaria en la organización de las mujeres y 3) que la agenda de lucha feminista proporcionó una clave que permitió la adaptación del partido al nuevo contexto democrático y la reconversión de una parte de la militancia femenina cuando sobrevino la crisis interna, motorizada tanto por causas internas como externas.

El PCA y la organización de las mujeres

Muy tempranamente el comunismo vernáculo había dispuesto la necesidad de organizar a las mujeres. El esquema seguido desde los años treinta tuvo mucha estabilidad y consistía en la formación de células femeninas (fabriles o de calle) que se reunieran con cierta frecuencia y, en algunos casos, en forma complementaria a la participación en las células mixtas, coordinadas por comisiones femeninas regionales. La formación de células específicas no perseguía como finalidad la organización de las mujeres en función de sus propias demandas. El recorrido puede decirse que era el inverso: las demandas propias eran el vehículo para la politización de esas mujeres y su incorporación plena a la lucha por el conjunto del programa comunista. Sin embargo, implicaba un temprano reconocimiento de los obstáculos diarios que las mujeres debían sortear para poder participar en política debido a sus responsabilidades domésticas.

De esta manera, el partido buscaba crear múltiples puentes para facilitar la participación convocándolas a sumarse a luchas que no riñeran con su cotidianidad, es decir, que no disputaran su tiempo. La creación de la UMA en los años cuarenta rompía con la organización celular para pasar a una organización más territorial centrada en lo comunitario. Esta estrategia tenía una tradición previa pues había sido alimentada por la política de frentes populares desde mediados de los años treinta, en las actividades de la Unión Argentina de Mujeres (UAM) y la Junta de la Victoria (JV), además del contacto con líderes del movimiento feminista del cual se apropiaron muchas de las consignas (Valobra, 2005; 2015).

Ya en las décadas de los sesenta y setenta, el PCA se distinguía de otros partidos de izquierda surgidos en esos años compuestos casi en su totalidad por jóvenes, varones y mujeres que, a su modo, incluso sin proponérselo, rompían con los idearios de género heredados de sus padres. En el PCA, en cambio, convivían generaciones diferentes que no suscitó un cuestionamiento a los esquemas organizativos adoptados. Como fuera, la UMA constituyó una apuesta exitosa y su actuación le permitió al comunismo sostener cierto nivel de actividad y militancia femenina aún en el marco de las dictaduras militares (1966-1973 y 1976-1983). Las luchas por guarderías, contra los aumentos de precios y la carestía, fueron sostenidas a lo largo del tiempo y les permitía organizar a las mujeres en los barrios periféricos y desde allí coordinar luchas que trasvasaban las fronteras locales hacia los grandes centros urbanos del país

Desde el punto de su vista de su política de alianzas, las comunistas buscaban concertar acuerdos con mujeres de los partidos tradicionales, en consonancia con la línea general del partido que alentaba la construcción de un Frente Democrático Nacional (FDN) que incluía a todas las fuerzas políticas y sociales “progresistas” con exclusión de las organizaciones de la llamada “ultraizquierda”. Este tipo de coaliciones no solamente se alineaba con finalidades ideológicas, sino que también servía para atenuar el anticomunismo de la época. Esta línea general, trasladada al frente de mujeres, se tradujo en la formación en 1971 del Nucleamiento de Mujeres Políticas (NMP), una multisectorial que funcionó en forma irregular hasta 1985. Uno de los picos de mayor deliberación y actividad se produjo en el año 1975 y giró en torno de la participación argentina en la Primera Conferencia Mundial sobre la Mujer de la ONU realizada en Ciudad de México, y que al año siguiente dio inicio al Decenio de la Mujer.

Dentro del PCA existía, entonces, preocupación por promover las militancias femeninas, aunque su participación en cargos de representación siempre fue minoritaria.

De acuerdo las Actas del XIV Congreso de 1973, de un total de 507 delegados, 398 eran hombres y 109 mujeres representando el 78,5 % y el 21,5% respectivamente, un porcentaje que era representativo de la participación general de la militancia por género. Asimismo, de los 17 miembros elegidos para conformar el Comité Ejecutivo, sólo 2 eran mujeres: Irene Rodríguez y Alcira de la Peña. De los 6 miembros del Secretariado, solamente una era mujer. Entre las dirigentas más reconocidas en las décadas de 1950, 1970 y 1980 encontramos a Alcira de la Peña, Irma Othar, Irene Rodríguez y Delia Nieves Boschi de Blanco, cuyas militancias obreras las prestigiaba especialmente. Sin embargo, el reconocimiento como referentes del movimiento de mujeres lo tenían las militantes de la UMA. Entre ellas se destacaron: Fanny Edelman, Margarita de Ponce, María Rosa Oliver, Matilde Alemán, Vicenta Simón, María Celia Bidon Chanal, Aura Fleitas, Nina Borzone, casi todas pertenecientes a la generación fundadora.

Aunque excede ampliamente los objetivos de este artículo, en el plano de la experiencia cotidiana, las entrevistas revelan una participación política de las mujeres militantes muy marcada y la búsqueda de paridad respecto de los compañeros varones. En Argentina, la participación de mujeres en el partido no parece haber recibido cuestionamientos por parte de los varones. No obstante, las formas de subordinación parecen haber sido más sutiles, excepto en las parejas en las cuales militaban solo los varones. En esos casos, las desigualdades parecen haber sido acentuadas, incluso en comparación con matrimonios no militantes, en cuanto el sacrificio en nombre del partido fue un argumento utilizado con frecuencia para justificar la ausencia parental y marital masculina¹. Es decir que la política hacia las mujeres tallaba la experiencia militante femenina, pero en menor medida la masculina. En este sentido, aunque las comunistas desarrollaron medidas y políticas para abordar la subordinación de la mujer en la familia no problematizaron las relaciones personales en términos políticos, que fue un punto clave de la segunda ola feminista.

La ilusión del viraje. Las comunistas en los años ochenta

Durante los años de la dictadura militar, la UMA se mantuvo activa y funcionó como paraguas para dar continuidad a numerosas actividades². En 1980, lograron realizar un

¹ Entrevista a Cristina B. realizada por la autora. Buenos Aires, Campana, mayo de 2023.

² Durante la última dictadura militar tanto el PCA como sus agrupaciones debieron adaptar sus militancias al contexto de suspensión generalizada de la actividad política. Sin embargo, a diferencia de lo que había ocurrido bajo otras dictaduras, no fueron proscriptos, lo cual les permitió mantener cierto nivel de actividad.

congreso en el cual comenzaron a dar cuenta de la gravitación que empezaba a ganar el feminismo:

Marx, Engels, Lenin (y Bebel, en 1879) fundamentaron la diferencia entre nuestra labor entre las mujeres y la de las feministas. Decían que la lucha por la igualdad, en defensa de los derechos de la mujer debe realizarse con los compañeros de clase y no contra ellos.

El movimiento feminista, al no tener en cuenta el carácter social de la problemática femenina, la reduce a la oposición hombre-mujer. [...] Estas corrientes, conscientemente o no, favorecen la política del imperialismo, ya que desvían a esa enorme fuerza que son las mujeres³.

Como puede verse, todavía predominaba la lectura según la cual el feminismo era un factor de división de la clase trabajadora. Sin embargo, reconocían la importante labor de las feministas en la crítica social hacia los modos en que los medios de comunicación educaban a las mujeres para ser buenas madres, esposas y objeto sexual del hombre⁴. En la revista *Aquí Nosotras*, en cambio, no encontramos ninguna mención ni intención de debate con el feminismo. En instancias de elaboración interna podían formularse críticas que no se explicitaban hacia afuera, probablemente en la creencia de que, en Argentina, el feminismo no constituía una realidad gravitante para las mujeres.

La actividad de la UMA se intensificó en 1982 en el marco de la Guerra de Malvinas y del descontento desencadenado a partir de la derrota bélica. La crisis económica y la inflación galopante desataron en junio una original huelga de amas de casas resumida en la consigna del “jueves de no compra” (Casola, 2023). Estas huelgas de consumo no eran la primera vez que la UMA las impulsaba, pero en el contexto del declive de la dictadura y la activación de numerosas luchas que tuvieron como epicentro a los barrios periféricos de las grandes ciudades del país, tomaron otra escala alcanzando visibilidad en los medios de comunicación nacionales.

En 1983, la actividad umista continuó armada alrededor de las luchas contra la carestía y de la formación de comisiones para el control de precios y alquileres. La actividad se veía revitalizada por el clima de recuperación democrática. Para 1984, informaban contar con 200 filiales y una tirada de 10.000 números de *Aquí Nosotras*⁵. Junto con las actividades territoriales, también tomaron parte de las acciones vinculadas con los reclamos del movimiento de derechos humanos, lo cual expresaba la articulación

³ Conferencia de Yola Caroty, *La propaganda del partido entre las mujeres. Seminario 1980*. Buenos Aires, Ed. Nuestra Palabra, p.5. Archivo histórico del PCA.

⁴ *Ibidem*, pág.7.

⁵ Folleto, *Sobre las tareas del partido entre las mujeres*, 1984, pág.11. Archivo del CEDINCI.

de los movimientos sociales en el plano reivindicativo. En el contexto de la transición, las luchas enunciadas en clave democrática tuvieron gran recepción en cuanto ofrecían una alternativa a la dictadura y al terrorismo de Estado que no se identificaba automáticamente con los proyectos revolucionarios o de liberación nacional propios de la década anterior. En 1984 participaron de la constitución de la Multisectorial de Mujeres, un espacio político-sindical amplio que, por primera vez, se fijó la tarea de coordinar la participación común en la conmemoración del 8 de marzo. Esa jornada suele postularse como bisagra o fundacional del renovado movimiento de mujeres en Argentina. Desde entonces, la Multisectorial funcionó como un lugar de deliberación e intercambio entre espacios institucionales y las emergentes agrupaciones feministas. El diálogo entre las mujeres “institucionales o políticas” y las “feministas” no resultaba sencillo, puesto que ambas partían de prejuicios y desconfianzas. No obstante, lograron dar cauce a un programa común que incluía las demandas más urgentes y una serie de iniciativas que desembocaron en la decisión de organizar el primer Encuentro Nacional de Mujeres (ENM), concretado en mayo de 1986, con sede en el Teatro General San Martín de la Ciudad de Buenos Aires.

En el PCA, las transformaciones que traían los nuevos tiempos se procesaron en el marco de las deliberaciones pre-XVI Congreso, realizado en noviembre de 1986 y que sería consagrado como el congreso del “viraje”. Puede percibirse cómo el clima de (auto)reforma llegaba también a la Comisión Femenina, alentada por el doble proceso de deliberación al interior del partido y de expansión del movimiento de mujeres. Como ocurrió en otras áreas del partido también en la Comisión Femenina hubo cambios en la dirección y la responsabilidad nacional fue asumida por Margarita Paredes y María Inés Brassesco que representaban una generación y un estilo diferente al de sus predecesoras. En un folleto “Sobre las tareas del partido entre las mujeres”, Brassesco, explicaba en tono crítico:

Creo conveniente dar a la conocer el estado de ánimo que encontré y aún persiste, en las compañeras afectadas al frente. Sienten que el trabajo femenino está desvalorizado, que escuchan que algunos compañeros de regionales plantean como argumento a la invalidez de las células femeninas, que las mujeres cuando trabajan con mujeres lo complican todo y dejan las tareas del Partido.

Las propias compañeras del Partido no quieren tomar tareas en el frente. Consideran que no se estimulan lo suficiente los éxitos y el trabajo esforzado que realizan, por eso resulta más agradable tener una tarea general, porque todo el PC la toma. [...]

*Para facilitar a nuestras compañeras el trabajo de masas, es preciso que el conjunto del Partido deje de subestimar el trabajo entre las mujeres*⁶.

Brassesco expresaba el clima de deseo de transformación interna que trajo la transición democrática y que acompañó a la militancia hasta la realización del Congreso en 1986.

Desde entonces, la participación partidaria en los ENM y en otras instancias plurales fue permeando los marcos interpretativos tradicionales. No puede minimizarse el hecho de que el conjunto de la militancia se encontraba en un proceso de intensa deliberación respecto de la actividad del partido. El viraje de la línea hacia la construcción de un Frente de Liberación Nacional y Social (FLNS) abría cuestionamientos y dejaba zonas de ambigüedad respecto de la política de alianzas, lo cual desató choques, faccionalismos y fracciones (Casola, 2020). Un aspecto menos cuestionado fue la orientación de la política exterior hacia América Latina y la búsqueda de una línea que tomara en cuenta las especificidades regionales. El Salvador, Nicaragua y Cuba fueron los países que marcaron un rumbo para el comunismo argentino de los años ochenta. La actividad del frente de mujeres no quedó exenta de este enfoque y enfatizó la importancia estratégica de estos conflictos.

A partir de 1987 y 1988, *Aquí Nosotras* transformó su contenido para dar lugar a problemáticas anteriormente ignoradas. Junto con las demandas vinculadas con las mujeres en el espacio público, comenzaron a problematizarse las relaciones personales en términos políticos. En julio de 1988, la UMA, presidida por Rina Azcárate, realizó el IX Congreso en la sede del sindicato gráfico de Buenos Aires. Por primera vez en una instancia de este tipo, se incorporaba la categoría género a las resoluciones, lo cual mostraba el inicio de un camino compartido con el feminismo: “se coincidió en hacer énfasis en la reivindicación específica de la mujer en el contexto de la liberación nacional de nuestro pueblo, remarcando que los problemas de género no se contraponen, sino que confluyen con la liberación nacional”⁷.

Incluso, durante aquel congreso de la UMA hubo intervenciones de marcado tono crítico. Fue el caso de la ponencia presentada por Isabel Larguía titulada no casualmente “Feminismo”. Larguía era una intelectual y documentalista argentina, reconocida en los

⁶ Folleto, *Sobre las tareas del partido entre las mujeres*, Buenos Aires, 1984, pág.15.

⁷ Actas del IX Congreso de la UMA. Resoluciones del Taller IV del IX Congreso de la UMA, julio de 1988, pág. 45. Archivo del CEDINCI.

círculos del feminismo de izquierda, que había vivido por treinta años en Cuba. Tempranamente, junto con su compañero de vida John Dumoulin, reflexionó sobre la situación de la mujer desde una perspectiva que podríamos denominar marxista feminista. En 1988, regresó a la Argentina y se instaló junto a su familia en Buenos Aires. Inmediatamente ingresó a trabajar en la Subsecretaría de la Mujer, que estaba a cargo de Zita Montes de Oca, y se conectó con un activismo de izquierda a partir del cual se vinculó con la UMA. En la referida ponencia, Larguía afirmaba:

Una herencia perversa de la dictadura militar y de su alianza con el clero reaccionario ha sido la incapacidad de comprender -en las fuerzas de izquierda- la importancia del feminismo contemporáneo. [...]

Las mujeres asalariadas se encuentran subrepresentadas tanto en las direcciones de los sindicatos como de los partidos políticos, incluyendo los de izquierda, lo que conlleva a que sus reivindicaciones específicas no ocupen el lugar correspondiente en el discurso político cotidiano, ni que la imagen de la clase obrera se feminice acorde con una nueva composición real. Este fenómeno se encuentra en el origen del nuevo feminismo que surge como un reguero de pólvora a partir de los años 60.

Llevamos sólo tres meses en la Argentina. Sin embargo, hemos podido coleccionar un amplio muestrario de sinrazones referidas al feminismo. Proviene todas del pensamiento común. Por ejemplo: Las feministas odiarían al hombre; las feministas odiarían la maternidad; las feministas dividirían al movimiento obrero; las feministas serían todas unas lesbianas, etc.

Para intentar entender el feminismo y concederle respeto se hace necesario aceptar en primer término que para integrarse eficazmente a la transformación del mundo todo sector o grupo explotado DEBE ENCONTRAR LA FORMA ESPECÍFICA DE SU OPRESIÓN, FORMA QUE LO DIFERENCIA Y UNE A SU VEZ CON LOS OTROS SECTORES EXPLOTADOS⁸.

Larguía tenía autoridad para modular un discurso profundamente crítico sin recibir cuestionamientos. Sus investigaciones habían sido pioneras en el campo de los feminismos de izquierda cuando la Federación de Mujeres Cubanas (FMC) las consideraba sospechosas precisamente por considerarlas feministas. Pese a ello, Larguía y Dumoulin abrieron un surco y sus escritos fueron traducidos al inglés y el francés y publicados con distintos nombres en varios países de América Latina. Larguía formó parte del staff del feminismo de izquierda que confluyó en los Encuentros Feministas de América Latina y el Caribe (EFLAC) y en su doble condición de cubana por adopción e

⁸ Actas del IX Congreso de la UMA. Taller IV. Ponencia, Feminismo, julio de 1988. Archivo del CEDINCI. Mayúsculas en el original.

intelectual feminista tendió un puente que facilitó el acercamiento entre el comunismo regional y el feminismo (Bellucci y Theumer, 2018).

Por otro lado, es probable que su condición de intelectual independiente y el hecho de ser una recién llegada al país le haya permitido establecer posiciones críticas sin necesidad de utilizar eufemismos o equilibrar fórmulas, como ocurría, en cambio, entre las militantes orgánicas del partido. En cualquier caso, si su voz no era completamente representativa del vocabulario y las proposiciones políticas de la UMA del segundo lustro de los ochenta, sí lo era de la dirección hacia la cual se comenzaba a avanzar.

De acuerdo con Brassesco, la dirigencia del partido surgida del XVI Congreso de 1986 había decidido que la Comisión Femenina tuviera mayor influencia sobre la UMA. Sin embargo, antes de reorganizar el trabajo hacia las mujeres, ya esperaban que pudiera generar conflictos con la UMA:

Una de las primeras conversaciones que tengo con Julio Pereyra –que no era mal tipo, pero era patriarcal– entonces dice: “mirá María Inés, nosotros cambiamos la Comisión Femenina porque dentro de poco hay que ver qué se hace con la UMA, porque es reformista [...], porque éstas dentro de poco nos piden anticonceptivos”⁹.

La referencia a los anticonceptivos es evocada como expresión de los reparos que tenía el partido respecto del avance de las ideas feministas. Inversamente, la adopción de la perspectiva de género invitaba a las militantes a pensar la opresión de las mujeres dentro de la propia clase y del propio partido, subvirtiendo el mantra de no dividir a los trabajadores¹⁰.

Hacia 1990, la situación comenzó a cambiar y transformarse en crisis. A la caída del Muro de Berlín y la desintegración del socialismo real, se sumaba la propia crisis del partido. Ese proceso de confrontación condujo a la autonomización total de la UMA, en 1992. *Aquí Nosotras*, en una nota firmada por Nuria Pérez Jacky, anunciaba el alejamiento en un tono que no ocultaba la hondura del conflicto:

La autonomía que propone la UMA se compatibiliza con la necesidad de un referente político en cuya articulación no se apueste al utilitarismo táctico del Movimiento. Su discurso va develando la retícula que oculta y reproduce la segunda posición de la mujer en los partidos políticos de

⁹ Entrevista a María Inés Brassesco realizada por la autora en el local de la UMA de la Ciudad de Buenos Aires en noviembre de 2018.

¹⁰ “Hacia dónde va el movimiento de mujeres”, *Aquí Nosotras*, n°105, (mayo-julio de 1990): 14-15.

*pertenencia; se hace visible el poder, como segmento particularmente recortado para ella, y la contradicción entre el potencial de su práctica concreta y su escasa participación en lugares de decisión*¹¹.

La crítica era furibunda. Se acusaba al PCA y, en rigor, al conjunto de los partidos, de hacer un uso instrumental de las demandas de las mujeres, mientras internamente mantenían formas de desigualdad. Sin embargo, es probable que las críticas fueran expresión de un desacuerdo mayor con la evolución de la política del comunismo argentino.

Desde entonces la línea política consistía en alentar la formación de un movimiento feminista popular que confluyera con diferentes expresiones políticas para enfrentar al neoliberalismo. En el PCA algunos sectores se fueron antes y después del XVII Congreso de 1989 con argumentos similares: por ejemplo, una de las corrientes disidentes agrupada en torno de las figuras de Francisco Álvarez, miembro de la Comisión Política, Jorge Prigoshin, Director del periódico partidario, Marcelo Arbit, responsable de derechos humanos y Enrique Dratman, Vicedirector del matutino *Sur*, consideraban necesario disolver el PCA en el marco de una nueva formación política que reuniese a las distintas expresiones de la izquierda, a sectores del peronismo y aun del radicalismo. La mayoría de ellos, en la década siguiente, se sumó a formaciones políticas de centroizquierda, abandonando definitivamente los proyectos revolucionarios. En la UMA esta transformación se tradujo en un viraje hacia el peronismo popular y en un intento de reconciliación entre tradiciones: la reivindicación de la figura de Eva Perón comenzó a convivir con la de las líderes históricas de la UMA como Celia Bidón Chanal o Fanny Edelman.

A pesar de los cimbronazos, en los años noventa, muchas militantes comunistas continuaron organizándose en el marco de la UMA. Sin ir más lejos la propia Brassesco ejercerá la presidencia luego de renunciar al partido. La inercia, los lazos afectivos generados por una sociabilidad comunista fuertemente interconectada explica el sostenimiento de los vínculos en un espacio visualizado como más abierto y en proceso de reconversión. Por ejemplo, en el temario del III Encuentro de mujeres de los movimientos populares, realizado en septiembre de 1992, proponían debatir: ¿Cuál es nuestra propuesta?

El clima de creciente escepticismo, sin que significase el abandono de los horizontes de izquierda pueden ayudar a comprender por qué se iban del PCA, pero

¹¹ “UMA, una mirada ideológica”, *Aquí Nosotras*, n° 108, (septiembre de 1992):19

volvían a la UMA. La caída del Muro de Berlín y, con él, la del mundo soviético avizoraba el final de una era para la izquierda mundial. Pero, primero las esquirolas cayeron sobre el propio Movimiento Comunista. Si para muchos partidos comunistas el refugio en “lo nacional”, extendió la ilusión en el reinvento de una mística, para los argentinos la situación era mucho más difícil. Al triunfo del peronista neoliberal, Carlos Menem, se sumaba sus propias luchas intestinas ¿En qué medida el feminismo no fungió entonces como refugio en el ocaso de una era? Mis investigaciones indican que muchas mujeres encontraron en la UMA una referencia adecuada para capear la crisis. La posibilidad de profundizar una dimensión de la lucha que no había dado todo de sí en el pasado.

Bibliografía citada

Alma, A. y Lorenzo, P. (2009). *Mujeres que se encuentran. Una recuperación histórica de los Encuentros Nacionales de Mujeres en Argentina (1986- 2005)*. Buenos Aires, Feminaria.

Bellucci, M. (2014). *Historia de una desobediencia. Aborto y feminismo*. Buenos Aires, Capital Intelectual.

Bellucci, M. y Theumer, E. (2018). *Desde la Cuba revolucionaria. Feminismo y marxismo en la obra de Isabel Larguía y John Dumoulin*. Buenos Aires, CLACSO.

Ben, P. (2021). Dos Demonios y Revolución Sexual en los Ochenta. En D’Antonio, D.; Grammatico, K. y Trebisacce, C. (eds.). *Tramas feministas al sur* (pp. 107-150). Buenos Aires, Madreselva.

Casola, N. (2015). *El PC argentino y la dictadura militar. Estrategia, militancia y represión estatal*. Buenos Aires, Imago Mundi.

Casola, N. (2020). Cuando se quebró el muro. Algunas notas acerca de la crisis en el Partido Comunista argentino durante los años 1980” *Izquierdas*, 49, 1752-1771. Recuperado de <https://izquierdas.cl/ediciones/2020/numero-49>

Casola, N. (2021). Las bolcheviques. Izquierda partidaria y movimiento de mujeres en la Argentina reciente. *Archivos*, 19, 43-64. Recuperado de <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n19.328>

Casola, N. (2024). El motín de las bolsas: la rebelión de las amas de casa en el declive de la última dictadura militar. En *Nueva historia de las mujeres en la Argentina, Tomo IV*, D'Antonio, D. y Pita, V. (Coords.). Buenos Aires, Prometeo [En prensa].

Franco, M. (2009). El exilio como espacio de transformaciones de género. En AA.VV., *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en Argentina*. Buenos Aires, Ed. Luxemburg.

Tarducci, M. (2019). Los años 80. En Tarducci, M., Grammatico, K. y Trebisacce, C. (Eds.). *Cuando el feminismo era mala palabra* (pp. 89-158). Buenos Aires, Espacio.

Valobra, A. (2015). Formación de cuadros y frentes populares: las mujeres en el Partido Comunista de Argentina, 1935-1951. *Izquierdas*, 23, 127-156. Recuperado de <https://www.izquierdas.cl/96-2015/101-numero-23-abril-2015>

Valobra, A. (2005). La UMA en marcha. El Partido Comunista Argentino y las tradiciones y estrategias de movilización social en el primer gobierno peronista: el caso de la Unión de Mujeres Argentinas (UMA). *Canadian Journal Of Latin American And Caribbean Studies*. 30, Recuperado de http://findarticles.com/p/articles/mi_6971/is_60_30/ai_n28319539/?tag=content;col1

Valobra, A. y Yusta, M. (2017). *Queridas camaradas. Historias iberoamericanas de mujeres comunistas*. Buenos Aires, Miño y Dávila.

Valobra, A. y Casola, N. (2022). "When My Life Goes Out ..." Biography of the Argentinian Communist Activist Fanny Edelman (1911–2011). En De Haan, F. (Dir.). *The Palgrave Handbook of Communist Women Activists around the World* (pp. 643–668). Camden, Palgrave Macmillan.